

Vimos mal imaginable:
Yo misma lo ví:
El griego, el luminoso más que todos,
el ateniense, el semejante a una estrella,
echado de su patria por odio de su padre
a una tierra lejana!

¡O colinas de arena y tendidos de arena
de la playa ateniense,
o espesuras de montañas,
donde tú antes subías
siguiendo fieras,
con mastines, delicada de pies,
cazadora con demonios, Artemisa!

¡No más
montarás tu carroza
que arrastran bajo yugo los caballos de
Eneas,
ni alentarás que corra tu corcel
hacia el estadio, en Limnas;
y tu canto, siempre ferviente,
y la nota de respuesta de la lira,
cesarán en la casa del rey;
lejos en la hondura del bosque,

en los claros de bosque donde halla su
agrado,
la hija de Latona quedará sin adorno de su
frente:

Con tu partida
cesará la dulce rivalidad de las doncellas,
y su anhelo de amar jamás tendrá consuelo!

Yo por tu suerte
acepto el golpe amargo
y lloro:
¡Ay, ay, pobre madre,
que fueron sin fruto tus dolores de parto!
Enojada estoy contra estas ánimas:
Ay, Caridades siempre inseparables,
¿por qué, por qué le echasteis fuera
al infortunado, al sin culpa,
lejos de su palacio,
lejos de las puertas de su ciudad?⁽¹⁾

Oyendo la tristísima canción el clavel
moreno se puso a llorar, y la Sarah ísraelita se me la llevó adentro, al lugar de las mujeres, a consolármela, sin duda, con berridos hebreos, o a adiestrármela, quizás, a que me rompa, a trompadas, la cara.

Persiles

Heredia de 1931.

Un libro sobre Emilio Zola...

(Viene de la página 201.)

ticidad. Por otra parte, su homenaje de admiración y gratitud a Mme. Zola asoma y se repite cada vez que la nombra.

La riqueza informativa de este libro aprovecha los estudios anteriores, acumula una documentación hasta ahora inédita y agrega los recuerdos personales de la autora. Pertenecen éstos a la infancia y no tiene, por tanto, otro alcance que el eco afectivo de su período. La señora Le Blond-Zola contaba trece años al morir su padre. "He nacido demasiado tarde—nos dice;—no he podido, evidentemente, vivir junto a mi padre los años necesarios como para poder interrogarlo; no he podido sino amarlo en forma apasionada y presentir su gloria. Cuando yo lo acompañaba, ¡cuán grande era mi orgullo si se le reconocía y saludaba! Pero al pretender penetrar en su vida, he debido someterme al largo aprendizaje de sus detalles. A medida que yo avanzaba en este gran trabajo, tan lleno de profundos y conmovedores atractivos, y que los acontecimientos me parecían más claros y que un velo se desgarraba para dejar aparecer la alta personalidad de Zola dominando noblemente su época, lamentaba yo mucho más no haber sido una chiquilla en la hora de su muerte".

Los recuerdos de su corta edad prestan, no obstante, al relato, notas de gracia y de ternura como el lector las hallará, por ejemplo, en las páginas que se refieren a la vida londinense del desterrado, durante el asunto Dreyfus. Unense a aquéllos, también, los preciosos detalles y aclaraciones que la autora recogió de labios de Mme. Zola.

Parte del epistolario del novelista, publi-

cado hace muchos años; numerosas referencias de colegas y amigos que le trataron en la intimidad, y algunos amplios estudios dedicados al hombre y a su obra, habían presentado y esclarecido ya, de largo tiempo atrás, en forma casi definitiva, los distintos períodos de la existencia de Emilio Zola. Conocíamos su infancia provenzal, su llegada a París, su humilde y providencial empleo en la librería Hachette, donde conoció personalmente a hombres como Taine, Sainte-Buve y Michelet; conocíamos su iniciación literaria, su época de crítico de arte, su vinculación estrecha con los pintores impresionistas, el influjo de las obras de Darwin y de Claudio Bernard sobre su espíritu, el proceso ideológico que le llevaría a ejercer su "apostolado" estético y social. Conocíamos, también, con minuciosidad, la forma en que había preparado y elaborado cada uno de sus libros, sus pintorescas y frustradas ambiciones a un sillón académico, sus luchas ardientes, sus cambios de fortuna, sus placeres burgueses, toda su

(1) Traducción de Salomón de la Selva, especial para este Persiflage.

actuación en el asunto Dreyfus. No había zonas enteramente oscuras en aquella vida para el lector interesado. No hay, por tanto, en esta reciente biografía, revelaciones extraordinarias. Pero al recorrer sus páginas, revive un mundo en torno al protagonista, desfilan grandes figuras y reaparecen otras casi olvidadas, mézclanse los defensores y los detractores igualmente encarnizados del escritor, hierve el ambiente que éste removiera con su pluma militante.

¿Cuándo pasó todo aquello? Cenizas recientes, ¡cuán heladas y remotas parecen! Las resonantes batallas del naturalismo, los bloques sucesivos de los Rougon-Macquart, los sueños ciclópeos, las construcciones cíclicas del gran obrero, son ahora, para el lector de gustos nuevos y sensibilidad distinta, sombras adensadas en un rincón del panorama finisecular. ¿Es que ya no se lee a Zola? En los tranvías, en los subterráneos de nuestra ciudad, suele verse a jóvenes de ambos sexos, probablemente estudiantes secundarios o empleados modestos, absortos en la lectura de Naná, de La Tierra, de Germinal, de alguna de las trois villes, atraídos por la celebridad escandalosa o la aureola social que acompañan, indistintamente, a esas y otras novelas del maestro naturalista. Según mis datos, es asimismo uno de los autores predilectos entre los concurrentes a las bibliotecas obreras... Sí, se lee a Zola. Pero dudo que se le relea; es decir, dudo que vuelva espontáneamente a sus libros el lector culto, atento a la actividad bibliográfica. Hay, por lo menos, un síntoma negativo, y es la ausencia de nuevas ediciones esmeradas o de selecciones de las mejores páginas del autor, en un país que, como Francia, no las escatima y vela celosamente por ellas. Conspira, de igual modo, contra la "actualidad" del novelista, el silencio de los críticos. En tanto, los manuales de historia literaria, monederos internacionales que acuñan la gloria en oro, plata y cobre, fijan en pocos trazos el perfil del maestro, agregan su inscripción dictatorial y entregan a la circulación universal su juicio incommovible. Para ellos, Emilio Zola no fue un artista, sino un artesano, un prodigioso artesano, si se quiere. Y en lo que respecta a su doctrina, dichos textos aseguran que el secuaz de Darwin, de Bernard, de Taine; el autor de la "historia natural de una familia bajo el segundo imperio, el anti-Hugo, resulta, a fin de cuentas, un romántico más, así como sus novelas "experimentales" no pasan de ser poemas, groseros poemas, hijos de la fantasía, pero sin alas...

El generoso defensor de Dreyfus ha eclipsado, en gran parte, al escritor. La señora Denise Le Blond-Zola no deja de advertirlo melancólicamente en las últimas páginas de su libro. "La gloria mundial del autor de J'accuse—dice—no puede sobrepasar a la del autor de los Rougon-Macquart. Zola no hubiera podido acaso, escribir su carta a Félix Faure si su nombre

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades